

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR / SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA

A lo largo de este tiempo de Pascua, hemos reflexionado sobre cómo Cristo resucitado nos encuentra en medio de nuestro miedo, camina con nosotros en medio de nuestra confusión, nos guía como nuestro Buen Pastor, se revela como el camino a seguir y pone Su Espíritu en nuestro interior. Esta semana, el recorrido de Pascua nos lleva hacia algo externo. En muchas diócesis, la Iglesia celebra este domingo la Ascensión del Señor, mientras que otras la celebran el jueves. En cualquier caso, se nos llama a participar en mismo misterio: Cristo asciende al Padre, no para dejarnos, sino para enviarnos hacia adelante.

Esta es una verdad relevante para quienes buscan liberarse de las heridas de los sistemas familiares disfuncionales. La sanación nunca está destinada concluir en nosotros. La libertad, la autoconciencia y la paz que empezamos a recibir no son regalos destinados a permanecer en lo privado. Están pensados para moldear cómo vivimos y cómo nos relacionamos con los demás. Así como los discípulos fueron formándose al tiempo de ir caminando al lado de Jesús, nosotros también somos transformamos al recorrer el camino junto a Él, para luego ser llamados a compartir la esperanza que hemos recibido.

Antes de ascender al Cielo, Jesús da a sus discípulos una misión clara (Mateo 28:18-20): *“Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones... enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.”* Jesús da tanto una comisión como una promesa. Él los envía, pero no solos.

Esto refleja una verdad fundamental en la recuperación. Ninguno de nosotros sanó en el aislamiento. Alguien nos ayudó a identificar patrones dañinos. Alguien escuchó sin intentar componernos. Alguien compartió con honestidad sobre el miedo, la búsqueda de complacer a los demás, el perfeccionismo, el control, la distancia emocional o la culpa, y nos ayudó a ver nuestra propia

experiencia con más claridad. En algún momento, lo que se nos dio gratuitamente pasó a formó parte de nuestra sanación. Después, muchas veces antes de sentirnos completamente listos, empezamos a reconocer que lo que hemos recibido está destinado a transmitirse.

Este es el espíritu del Paso Doce vivido a través de relaciones que sanan. Transmitir el mensaje muchas veces se parece a estar presente de manera fiel: asistir de forma constante, escuchar con profundidad, apadrinar a otra persona, compartir con honestidad sobre nuestra sanación o estar presente en nuestras relaciones de manera más sólida y fiel. La recuperación nos enseña que lo que nos sana también puede convertirse en parte de cómo Dios obra a través de nosotros.

En *La Espiritualidad de la Imperfección*, Ernest Kurtz y Katherine Ketcham escriben: “En las relaciones de unión damos recibiendo y obtenemos dando” (p. 83). Esto es profundamente cierto en la recuperación. Descubrimos que la unión saludable se convierte en parte de nuestra sanación. Conservamos lo que tenemos, regalándolo.

Las primeras lecturas a lo largo de la Pascua nos han mostrado la transformación de los apóstoles. Eran temerosos, confundidos e imperfectos, pero por medio del Espíritu Santo se convirtieron en testigos valientes. Su transformación no surgió de tener todo en orden, de la disposición, entrega y gracia.

Esa misma verdad aplica a nosotros. No necesitamos esperar hasta que cada herida esté completamente sanada, para ser útiles para Dios y los demás. Nuestra honestidad se convierte en esperanza, nuestra creciente autoconciencia en sabiduría que podemos compartir y nuestra sanación en parte del valor que necesita otra persona para poder comenzar.

A medida que la Pascua termina y Pentecostés se acerca, se nos recuerda que la recuperación no se trata solo de sobrevivir el pasado. Se trata de convertirse en hombres y mujeres que viven de manera

diferente: personas moldeadas por la gracia, fortalecidas por la comunidad y enviadas con un propósito.

Cristo ha ascendido a los Cielos, pero no nos ha abandonado. Permanece con nosotros siempre: en la Eucaristía, en la oración, en la comunidad y a través del Espíritu que está vivo dentro de nosotros. Lo que hemos recibido está destinado a compartirse. Mientras seguimos en la recuperación, se nos llama no solo a seguir a Cristo, sino a convertirnos en una fuente de esperanza, verdad y sanación para los demás.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Quién te ayudó a empezar a reconocer patrones poco saludables o heridas que no podrías haber visto de manera completa por tu cuenta?
- ¿Cómo está cambiando tu sanación la forma en que estás presente en las relaciones, en la vida familiar o en la comunidad?
- ¿De qué maneras podría Dios estarte invitando a compartir la esperanza, la verdad o la sabiduría que has recibido con otros que recorren un camino similar?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 1:12-14

SAL. RESP. Salmo 27:1, 4, 7-8

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 4:13-16

EVANGELIO Juan 17:1-11a